

El «Eximio Doctor» y los críticos modernos

No es el deseo de polémica, que entrañablemente aborrecemos por ser generalmente inútil, y, sobre inútil, contraproducente, cuando es entre católicos, lo que nos mueve a tomar la pluma, sino el deseo sincero, razonable y justo de volver por la honra y buen nombre de aquel insigne varón y *Eximio Doctor*, que se llamó Francisco Suárez.

Quién fuese el P. Suárez, y cuán relevante su figura, ya hemos tenido ocasión de decirlo desde las columnas de la revista *Razón y Fe*. Sólo queremos ahora recoger tres o cuatro testimonios para que nos sirvan como de preámbulo, y puedan hacer frente a varias acusaciones que contra él dirigen dos escritores modernos, uno de los cuales, sobre todo, es de gran relieve: *opposita juxa se posita magis elucent*.

El preclaro filósofo cardenal González, honra y prez de la Orden dominicana, gran conocedor del Angélico, y no menos del *Eximio Doctor*, decía: «Es acaso Suárez, después de Santo Tomás, el filósofo *más escolástico* de los escolásticos... Su concepción filosófica es la más completa, la más universal y sólida, si se exceptúa la de Santo Tomás... En *metafísica*, como en Teodicea, en moral como en psicología, Suárez marcha generalmente en pos del Doctor Angélico, cuyas ideas expone, comenta y desenvuelve con lucidez notable» (1).

El gran *Grocio* afirma que Suárez es un filósofo y teólogo de tal penetración, que apenas reconoce igual (2). Y *Heereboord*: Suárez es «Omnium metaphysicorum papa et princeps», y añade que los tratados metafísicos posteriores son extractos del de Suárez. Podíamos multiplicar los testimonios; solamente queremos añadir alguno más reciente, que viene como anillo al dedo.

Monsieur l'Abbé Léon Mahieu, que acaba de escribir una obra muy tra-

(1) GONZÁLEZ, *Histor. de la Filos.*, III, pár. 3, p. 146.

(2) GROTIUS, Epist. 146.

bajada, y en la que ciertamente no se deja llevar de afecto hacia Suárez, como en seguida veremos, escribe estas significativas palabras: «Suárez eut sur la pensée catholique une influence profonde. Devenu par sa méthode rigoureuse et sereine, par le caractère moyen de beaucoup de ses solutions, disons aussi par la clarté et l'élégance de sa langue, le docteur principal de la Compagnie de Jesus a laquelle il avait appartenu, il vit son renom s'accroître du renom de cet Ordre éminent, qui rendait de si magnifiques services dans la lutte contre l'hérésie, la propagation et la défense de la foi chrétienne» (XV).

Sea otro el del esclarecido Director de *La Ciencia Tomista*, nuestro buen amigo el P. Getino, que hablando del «Centenario de Suárez», dice, entre otras cosas, en honor del *Eximio Doctor*:

«Suárez es pensador de gran valía; su pluma dejó huella en los grandes problemas de la Metafísica, de la Psicología, de la Teología y del Derecho. En todas estas facultades aportó a la ciencia una contribución que no debe desestimar ningún pensador, y menos un pensador español, ya que Suárez lo fué, o católico, pues en serlo cifró su gloria.

»Hombre de gran talento, de gran moralidad y de una laboriosidad que se ostenta enhiesta y gloriosa en la historia después de tres siglos de examen, merece nuestros homenajes.

»Al lado de esta razón potísima no es menester siquiera agregar la de nuestro compañerismo religioso, que está cien codos por encima de nuestras divisiones de escuela.

»Siendo Suárez una gloria de la Compañía de Jesús, lo es también de la Iglesia católica, casa grande en donde nos salvamos todos, y lo es especialmente de la vida religiosa, que es nuestra vida.

»Inútil es agregar, después de esto, que Suárez fué discípulo predilecto del padre Mancio, uno de los grandes discípulos de Vitoria, y que para la Orden de Santo Domingo tuvo, aun en sus días de lucha con algunos dominicos, frases entusiastas y grandemente laudatorias, sin que haya memoria —que yo sepa— de ninguna desconsideración.

»... Con esa bandera y todo, Suárez se proclama tomista, se precia de arrimarse a Santo Tomás, de tomarle por guía y por maestro, y tomista se le puede llamar, pues en ningún autor se inspira tanto como en Santo Tomás, y él no llegó a formar escuela.

»... Su figura seguirá siempre muy elevada. En la surtida cantera de sus obras insignes, aun cuando se cuarteen algunos, muchos sillares quedarán siempre en cantidad sobrada para formar un pedestal ingente al egregio caudillo de la cátedra y de la pluma.

»Por algo es Suárez el filósofo y el teólogo más acreditado de la inclita Compañía de Jesús, tan fecunda en ilustres doctores.

»De no haber sido coloso entre doctores, hubiera quedado relegado al olvido por el lapso del tiempo, y al desvío por el desgaste inevitable de los mencionados contratiempos.

»De no haber pertenecido a la Compañía de Jesús, es probable que careciéramos de esa eflorescencia y reviviscencia de ideas atribuidas a Suárez, que le proporcionan constante actualidad, y convierten las viejas páginas del llamado por alguien *el más escolástico de los escolásticos* en venerable palimpsesto con decoración de todas las épocas.

»Veinticinco grandes volúmenes forman el tesoro del septuagenario teólogo granadino, profesor en nuestros grandes centros culturales de Alcalá, Valladolid, Salamanca, Coimbra y Roma.»

No es que el P. Getino deje de consignar lo que en Suárez le parece inadmisible y contrario a Santo Tomás; lo que hay es que, como las alabanzas, aunque grandes, son sinceras y cuadran a la gran figura de Suárez, también las acusaciones parecen sinceras, sin que en modo alguno se vea en el crítico, ni prejuicio contra Suárez, ni que se coloque en un falso punto de vista o pendiente para atacarle, ni empeño en deslucir el renombre del *Eximio Doctor*; al contrario, le mira y considera con grandeza de alma y amplitud de juicio. Por eso, así como nos agradan los expresados elogios, así nada diremos contra las censuras, en alguna de las cuales podría equivocarse, como se puede equivocar cualquiera, y podríamos equivocarnos nosotros —con más facilidad que él—; todo lo cual nada tiene de extraño. No vamos contra eso.

Lo que hace triste impresión en la obra que a continuación vamos a juzgar, es que su autor parece proceder contra Suárez como fiscal, considerándole como a un acusado, como empeñado en sacar a relucir todos sus defectos, reales o aparentes, y todas las veces en que se separa de Santo Tomás, sin que de esta separación se dé la debida razón o excusa. Y no es esto lo peor: lo peor es que se lancen contra él, como las lanza otro escritor, de quien hablaremos en la segunda parte, gravísimas acusaciones o insinuaciones, v. gr., de subjetivismo, inmanentismo, agnosticismo, de causante de la revolución cartesiana y de «gran corruptor de Santo Tomás».

Y todavía, que esto lo hicieran los del campo enemigo del catolicismo, nadie lo extrañaría; pero que lo hagan dos escritores de valer, singularmente uno, cuyas obras filosóficas, de mérito, conocemos hace tiempo, y de quien tenemos formado elevado concepto!

I

Comencemos por monsieur l'Abbé Mahieu, que acaba de publicar una obra muy documentada en la que estudia y examina la filosofía de Suárez en las relaciones con su Teología (1). Consta de dos partes: la primera, histórica y más breve, expone el estado y los caracteres de las orientaciones precedentes a las de Suárez, desde el siglo XIII al XVI, y la vida de Suárez desde el punto de vista de sus doctrinas. La segunda, que es la crítica, más extensa y principal, se titula *filosófica y teológica*, si bien en la teológica apenas entra, si no es algo en la parte de Teodicea; se contiene casi toda ella dentro de los límites de la Ontología para examinar la Metafísica de Suárez.

Desde luego nos complacemos en consignar las alabanzas que tributa a Suárez, reconociendo su «agudeza o perspicacia (498) y sutileza intelectual» (316), su «absoluta fidelidad» (186), «el rigor y serenidad de su método y la claridad y elegancia de su lenguaje», como se ha visto en el testimonio del autor, arriba citado; nota la magnitud y grandes proporciones de su obra y alaba su amplitud y gran erudición (506); reconoce también que Suárez aventaja a sus predecesores, y aun a veces al mismo Santo Tomás en lo completo y acabado de sus análisis (318), pero no sin poner un reparo contra Suárez (386); hasta llega a decir de cierta solución de Suárez que, aun siendo en sí inadmisible, no carece de mérito; pero lo desvirtúa al decir que a pesar de su mérito es «assez étrange» (nota 259).

Por todo esto, y a pesar de los pesares, es decir, de las censuras o reparos que acumula contra él, llega a llamarle *gran filósofo*; pero como título compatible con otros filósofos que han tenido la dicha de ser guiados por la luz de la revelación, para evitar errores en que ha caído la razón humana (XIV); recuerda el título de *Doctor Eximio y Pío*, que le dió Paulo V en 2 de octubre de 1607; pero añade que ese título de *Eximio* se lo merece, ora por su conocimiento y tesis de las Escrituras y de los Santos Padres, ora por su piedad, más bien que por sus tesis y conocimientos filosóficos, pues aquéllas y no éstos han sido, dice, principalmente inspiradas al *Doctor Eximio* (493), lo cual es, sí, alabarle, pero también es restringirle arbitrariamente, y, según la conveniencia del autor, la alabanza, que el Papa se la da sin restricciones; y es de notar que casi siempre que alaba a Suárez, sobre todo si la alabanza es algo notable, viene inme-

(1) *François Suarez, Sa Philosophie et les Rapports qu'elle a avec sa théologie*, par l'Abbé Léon Mahieu, París 1921.

diametralmente el pero, el reparo, el contrapeso que bajo algún aspecto la limita o la sombreá.

Después de todo, estas alabanzas no dejan de ser grandes, aunque no pasan de lo justo y de lo que en todas las lenguas se ha dicho y repetido; pero como él las hace una vez más, una vez más hay que agradecérselas. En lo que quizás no habrá reparado algún lector, es que todas ellas se refieren a las cualidades del escritor, y no a la doctrina misma, a cuya verdad, solidez y excelencia quisiéramos ver tributados los justos y merecidos elogios.

Pero en esto, francamente, se muestra el autor parco, escaso, hasta diríamos severo, y es por el plano en que se coloca, que en cierto modo es el de fiscal, considerando a Suárez casi siempre como a un acusado, para examinarle y reprocharle en todas aquellas cosas, aun en las más diminutas, en que se separa o parece separarse de Santo Tomás.

En esta posición y pendiente en que se halla, no sólo no siente simpatía hacia Suárez, sino que le es casi imposible apreciar bien el valor de su doctrina. La razón es clara. Para entender bien o interpretar con exactitud y justeza objetiva el pensamiento de uno, es preciso, o haliarse en armonía con él, o no dejarse arrastrar de su modo propio y subjetivo de juzgar, o al menos esforzarse en ver las cosas como el otro las veía. Ahora bien; el autor, puesto en ese plano inclinado, y como tomista acérrimo y discípulo del Cardenal Billot, que tampoco siente mucha simpatía hacia Suárez, ¿cómo es posible que juzgue a éste imparcialmente, con imparcialidad objetiva, por más que diga que este es su intento? ¿Sería fácil que un kantiano, revestido como se halla del colorido especial y subjetivista de las formas kantianas, juzgue imparcial, objetivamente y tal cual es, la doctrina de Santo Tomás? No, por aquello de que *quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*; y no cabe duda de que algo o mucho de esto le tiene que suceder, y le sucede, en efecto, al autor.

Y se confirma esto por su afán en ir examinando y criticando escrupulosamente y una por una, no sólo cada una de las tesis de la doctrina de Suárez, sino también los últimos pormenores que le pueden perjudicar. Así saca a relucir aun la encíclica *Aeterni Patris*, de León XIII; el motu proprio *Doctoris Angelici*, de Pío X, las 24 proposiciones de la Congregación de Estudios y hasta las fiestas del tercer centenario de Suárez en Granada, donde apareció truncada su doctrina: todo para notar la sombra y perjuicio que pueden hacer a la obra doctrinal de Suárez. Y sin embargo, no haríamos mención de esto, si al mismo tiempo pusiera igual empeño en aprovechar todas las circunstancias que le favorecen.

Que se halla colocado en esta posición y actitud, lo revela él mismo cuando dice: «La présente étude n'ambitionne pas l'honneur d'être une justification complète et directe de cette défaveur croissante de l'Eglise (hacia Suárez)... Le lecteur ne manquera pas d'observer, sans que nous y ayons longuement insisté [¿que no? ¡Pues si llega a insistir...!], les réelles défauts, les graves inconvenientes que présentent ses doctrines... Les présenter dans un tableau d'ensemble n'aura peut-être pas été inutile, et ainsi ce travail, sans être une oeuvre de polémique, pourra cependant, selon notre désir servir la cause de la vérité» (XVII). Será la *vérité* «subjective», pues la «objective» no aparece.

»La présente étude aussi objective que possible, a montré Suarez en opposition presque constante, et de son propre aveu, avec les enseignements... de S. Thomas lui-même. Il est vrai, quand il s'écarte ainsi de la voie du Docteur Angélique, il lui arrive plus d'une fois de le faire en compagnie de quelque thomiste plus ou moins mitigé; sur tel point il est d'accord avec Cajetan, sur tel autre avec Hervé, sur tel encore avec Victoria, D. Soto ou Médina, mais tandis que ces auteurs ne s'éloignent de S. Thomas que sur des details particuliers, Suarez paraît faire la somme de leurs divergences (p. 522)...

»Là où Suarez n'est que théologien, il mérite largement les éloges dont l'a honoré Paul V... (1) quand il est en même temps philosophe [distinción que no hizo el Papa cuando le eligió y le dió el título de *Doctor Eximio y Pto*] on ne saurait porter sur lui, nous semble-t-il, un jugement aussi favorable» (524). Y tan desfavorable, que le califica de falta de perspicacia, de oscilaciones del pensamiento (140, 154, 504, 505) y aun de contradicciones (173, 248, 270, 276) y de ilógico (149, 179).

Es bastante frecuente en el autor atribuir a Suárez esta frase: «ne voit pas» (190, 228, 269); o esta otra: «ne semble pas voir» (239, 246, 280); o «contrairement a ce qu'il en dit plus brièvement ailleurs» (237, 335); o «ne comprende pas» (509); o «paraît oublier là ce qu'il a dit du rapport» (188, 418), y otras por este tenor. Y ocurre preguntar: Un entendimiento tan poderoso como Suárez, lo que no le puede negar ni el mismo autor, ¿es posible que tenga tan poca perspicacia o se contradiga tantas veces? ¿Y tan poca perspicacia, después que él mismo le alaba de entendimiento agudo y util? (316, 498).

(1) Y, sin embargo, dice el mismo autor (499): «Bien que son oeuvre théologique se présente comme un commentaire de la Somme de S. Thomas et qu'elle en suive l'ordre de façon régulière, il est aisé de voir qu'elle n'en admet que rarement les conclusions.»

Muchas cosas tendríamos que decir contra todas estas acusaciones, si fuéramos a examinarlas una por una; pero no lo consienten los límites del artículo. Nos fijaremos sólo en unas pocas. Dice el autor (499) que Suárez «confondait distinction réelle avec divisibilité et separabilité réelle...» Inexacto: lo que Suárez dice es que la divisibilidad y separabilidad son signo de distinción real, pero no viceversa. Afirma también el autor que «Suarez n'admettait d'autre criterium de la distinction réelle que la séparation effective» (139). Falso. Suárez, después de probar que... «duo, quae ex separatione sumuntur, videntur potissima» [signa realis distinctionis] Disp. Metaph. VII, sect. 2, n. 9, prueba que se da también otra señal de la distinción real: «Expenditur aliud signum distinctionis realis»; a saber, la producción, bien primaria o sustancial propia, bien accidental «quae terminetur ad aliquid quod ipsi producenti non unitur; nam in his duobus casibus semper requiritur distinctio realis». Ibid. n. 19.

Añade que, al conceder Suárez que Dios no puede amar a los seres posibles más que *in se ipso*, arruina una de sus posiciones anteriores: «N'a pas pris garde qu'il ruinait une de ses positions antérieures» (237). Falso; Suárez establece muy bien la diferencia entre la volición y la intelección (d. XXX, s. 16, n. 41); la volición sólo puede referirse a las realidades *actuales*, mientras que la intelección prescinde de la existencia *actual* del objeto; por eso Suárez no arruina su posición anterior ni renuncia a su tesis de que los posibles pueden ser conocidos *in se ipsis*, aunque no pueden ser amados *in se ipsis*, sino *in se ipso*.

Achaca a dudas y vacilaciones de Suárez lo que es más bien conocimiento y penetración de las distintas modalidades. «Le balancement ou l'hésitation de Suarez se traduit notamment dans sa quatrième affirmation» (154) sur la question: «Dico quarto: bonum transcendens potissime sumptum videtur a bonitate honesta, non in genere moris, sed naturae. Quamvis etiam possit abstracte et generatim dici a bonitate, ut ab omnibus abstrahit.» (Disp. Metaph. X, sect. 3, n. 10). Esa segunda parte, *quamvis etiam...*, no es vacilación, es saber poner los puntos sobre las íes.

Es falso que el concepto de Suárez acerca del principio de identidad «aboutif à mettre le mystère de la S.^e Trinité non seulement au-dessus de la raison mais en dehors d'elle et en opposition formelle avec elle» (XIV), y diga lo que quiera el autor en las páginas 140, 505-506, deja en pie la falsedad de su afirmación respecto de que haya tal oposición formal.

Tampoco hay contradicción en Suárez (476), sino que tiene mucha razón cuando dice que la causalidad [del fin] «hanc causalitatem, maxime locum habere in agentibus intellectualibus» (d. XXIII, s. 1, n. 8), y que,

sin embargo, también «causalitas finis *aliquo modo* participatur a brutis» (s. 10, n. 15, y otras partes). Bien se ve que entre el *maxime* de los unos y el *aliquo modo* de los otros no hay contradicción.

Ni es exacto (ya lo indicamos en otra parte) que los dominicos y tomistas de los tiempos de Suárez y anteriores y posteriores a él se separaran del Santo solamente en pormenores particulares: «ne s'éloignent de S.^t Thomas que sur des détails particuliers» (522); fácilmente—*et sans insister longuement*—le probaríamos lo contrario; muchos se separaron también en cosas principales.

De la misma manera, en la cuestión de la página 150, se equivoca el autor; no es la posición de Santo Tomás lo que Suárez ataca, sino la de ciertos tomistas, que partían del movimiento *local* para probar la existencia de Dios, y tiene mucha razón Suárez contra Soncinos (d. XXIX, s. 1, n. 41). Esta cuestión, en su mayor parte, más que de fondo, es de palabras; y de todos modos, ni hay contradicción ni inconsecuencia en Suárez al negar por una parte que la prueba de la existencia de Dios exija un principio físico, y afirmar por otra que hay que partir de algún dato experimental. Las «inconsecuencias» de Suárez y las extrañezas del autor en la nota de la página 168, proceden de no considerar el autor la distinción de las esencias metafísica y físicamente consideradas; de la primera manera, las esencias son eternas (con eternidad llamada negativa) y anteriores a la existencia actual.

De esta manera podríamos ir notando y deshaciendo otros muchos pasajes en que el autor atribuye falsamente a Suárez contradicciones, inexactitudes, inconsecuencias, etc., etc.

No cabe ni puede cabrer duda de que entre Santo Tomás y Suárez haya de haber algunas diferencias, tratándose de dos filósofos y teólogos, ambos eminentes, de concepciones propias y personales, y que no sólo no son infalibles, sino que de hecho se han equivocado en muchos puntos, no sólo accidentales, sino también sustanciales.

Que Suárez se haya equivocado muchas veces, no tenemos que probarlo nosotros; precisamente sus adversarios se han tomado muy de veras la tarea de echárselo en cara. Que el mismo Santo Tomás se haya también equivocado, tampoco debe sorprender a nadie, desde el momento en que fué un hombre mortal y falible y no revestido de la inspiración divina, como lo fueron los Apóstoles y Evangelistas para escribir el Evangelio.

Y aunque no es nuestro objeto, sino muy contra nuestra voluntad, traer a cuenta las equivocaciones de Santo Tomás, anda por ahí una lista de errores e inexactitudes en que incurrió, como acerca de la Inmaculada Concepción.

ción, de los votos religiosos, de la generación espontánea, del movimiento de los cielos, según la física de Aristóteles, etc., etc. Lo que aquí queremos consignar es la insistencia del autor en confrontar todas las proposiciones de Suárez con las de Santo Tomás y las veces que se separa de éste, la crítica constante de ellas, subrayando toda oposición, grande o pequeña, de aquél a éste; como si Suárez no pudiese separarse de Santo Tomás, como si fuera un mero discípulo en todo y por todo, y no un gran pensador, un ingenio poderoso con la aureola de maestro, capaz de formar escuela, aunque no la formara propiamente, y de examinar, confrontar, ampliar y aquilar las tesis y proposiciones de sus predecesores. Como si un tan gran pensador, un doctor tan eximio, no hubiera podido separarse de un maestro que, aunque excelso, pudo equivocarse, y se equivocó. Como si ninguna de las veces en que se separó de Santo Tomás hubiera tenido motivos para hacerlo; como si siempre que se separó fuese para caer en un error o inexactitud, o nunca para exponer mejor o mejorar la misma doctrina de Santo Tomás, o nunca para corregirle con verdad, o nunca para refutarle por necesidad; pues bien: todo esto o mucho de esto se podría creer leyendo al autor. No; ni Santo Tomás monopolizó tanto, como maestro, la verdad, la belleza y la ciencia, ni Suárez fué discípulo tan discípulo, ni avecilla de ingenio tan enjaulado.



Una de las características del pensamiento de Suárez es que se acomodó a la mentalidad de su época, en orden a la afición a ciertos estudios y exposición de materias doctrinales, que ya no era la misma que en los tiempos de Santo Tomás, época—la de Suárez—en que el desarrollo de las ciencias históricas y experimentales, como lo reconoce el mismo autor (XV), y el estilo y formas de exposición más amplios, más amenos y elegantes, superan con mucho a los áridos, secos y ergotizantes de los antiguos, y Suárez tuvo el acierto de exponer la doctrina en lenguaje más acomodado a su tiempo, en estilo no tan arcaico como el de sus predecesores, como lo era también el del mismo Angélico Doctor.

De ahí el éxito incontestable de la obra de Suárez, de la aceptación y boga que tuvo entre sus contemporáneos. ¿Y quién ha puesto en duda que la misma escuela dominicana era sinceramente tomista hasta los tiempos de Báñez, y, sin embargo, se separó muchas veces y con mucha libertad de Santo Tomás, según lo reconoce el autor?

Convengamos en que ni Santo Tomás fué infalible, para seguirle tan estricta y rigurosamente en todo, ni Suárez tan impersonal, ni tan pigmeo,

como para no proponer su modo de pensar, original o personal, aunque fuese separándose a veces del Angélico Doctor.

Y entiéndase bien que hablamos de separarse de Santo Tomás en tiempo de Suárez, porque Santo Tomás, aunque siempre ha sido una eminencia, con todo no tenía entonces oficialmente, por decirlo así, el renombre y autoridad que ahora tiene en materias filosóficas.

Entonces en filosofía el maestro por excelencia, el «Maestro» así llamado, y a quien el mismo Santo Tomás seguía, era Aristóteles. Así San Ignacio en sus Constituciones (1), al ordenar que sus hijos siguieran a Santo Tomás en Teología, proponía por maestro en Filosofía a Aristóteles, como lo reconoce el mismo autor (36).

Suárez siguió fielmente esta divisa, tomando por guía en Teología a Santo Tomás y en Filosofía a Aristóteles, y aunque ahora, desde León XIII, Santo Tomás ha sido propuesto como maestro universal de las Escuelas católicas sin esta división entre la Filosofía y la Teología; con todo, no se deben olvidar los críticos y adversarios de Suárez, que las circunstancias de ahora no son las mismas que las del siglo XVI, para que no le censuren ligeramente y sin conocimiento de las circunstancias.

En Teología Suárez se apartó pocas veces de Santo Tomás. El mismo, escribiendo al Padre General Aquaviva, le decía: «Yo marcho siempre apoyado en la doctrina de Santo Tomás, excepto en dos o tres puntos.» Esto no quita que se haya separado, en efecto, de la doctrina de Santo Tomás al defender la Inmaculada Concepción, y de los votos religiosos, acerca de los modos sustanciales para explicar la unión hipostática, en que también se separó de Santo Tomás el Cardenal Cayetano, en la tesis acerca de la reviviscencia de los méritos, del modo de concebir el fuego del infierno, de la persistencia de los accidentes eucarísticos y de la ciencia de Cristo, y en algunos otros puntos en que también se separaron de él Vitoria, Soto, Hervé, Medina, Bañez y otros tomistas y dominicos. Ni vale decir con el autor: «tandis que ces auteurs ne s'eloignent de St. Thomas que sur des détails particuliers, Suárez parait faire la somme de leurs divergences», porque ni es verdad que Suárez rocoja la suma de las divergencias de todos, ni mucho menos que aquéllos, y singularmente Cayetano, Soto, Bañez y otros se separan sólo en «detalles particulares» o pormenores: se separan en puntos muy importantes.

En Filosofía se apartó Suárez más veces de Santo Tomás, como es, por ejemplo, en explicar la analogía del ser, la unidad del compuesto, el

(1) Part. IV, c. 14, n. 1, lit. B, y n.^o 3.

principio de individuación, el conocimiento directo de lo singular, la distinción entre el entendimiento agente y el posible, etc.

Esto tiene dos explicaciones: primera, que Suárez escribió la Filosofía con miras a la Apologética y para servicio de la Teología, y así estudió las cuestiones filosóficas, más que considerándolas en sí mismas, bajo el aspecto de aplicación a la Teología. De ahí que diera, a veces, menos importancia a la deducción y principios abstractos que a los principios de inducción, y así por el estilo, contra la corriente antigua, seguida también por Santo Tomás.

Otro de los motivos, además del principal, por qué no se ajustó enteramente a Santo Tomás en materias filosóficas, fué porque siendo para algunos difíciles de admitir o de entender ciertas opiniones tomistas, seguían las de Escoto y aun las de Ockam; y Suárez procuró hallar un medio aceptable, un como término medio entre todas estas direcciones rivales, y señaladamente entre el nominalismo y el realismo exagerado.

Y ¡quién lo creyera! Este noble esfuerzo lo interpreta el autor en mal sentido, diciendo que los que antes de Suárez rechazaban las sutilezas escotísticas o las audacias de Ockam, se adherían al tomismo como a puerto seguro, pero que desde este momento Suárez compartía con Santo Tomás el monopolio de la verdadera explicación, y muchos se adherían al Doctor de Coimbra en vez de acostarse a las opiniones del Doctor Angélico, abandonando fácilmente las de éste, como demasiado complicadas, poco claras o poco dignas de la edad moderna [de los tiempos de Suárez]. «Jadis ceux que rebattaient les subtilités scotistes ou les hardiesse d'Ockam demandaient au thomisme l'exposition philosophique que le dogme comporte; dès ce moment Suarez devait se partager avec S. Thomas le faveur des meilleurs esprits; beaucoup devaient s'arrêter aux solutions du Docteur de Coimbre sans aller jusqu'à celles du Docteur Angélique bientôt dédaignées comme trop compliquées, peu claires et peu dignes des âges modernes» (XVI).

Y nosotros preguntaríamos al autor: ¿y al seguir a Suárez perdían algo, o iban descaminados los que tal hacían, sobre todo si, como él dice, la exposición de Suárez era más clara, o más comprensible, o más acomodada a las inteligencias y ambiente de aquel tiempo? Y en todo caso, ¿qué culpa tenía en que le siguieran? En tal *género de culpa* pueden incurrir, desde luego, todos los que lo hacen mejor.

Y si ocurre a algunos juzgar más o menos favorablemente el resultado de este esfuerzo analítico de Suárez, que examinó las obras de sus predecesores, incluso la de Santo Tomás, al menos merece elogios, y de

ningún modo se debe poner en duda la grandeza y pureza de intención de este esfuerzo, y, sin embargo, lejos de alabárselo, aun eso se ha puesto en duda. Esta grandeza de esfuerzo, aunque desgraciadamente en sentido heterodoxo, se lo reconocen aun al mismo Kant en el siglo XVIII, y se lo reconocen, aunque también en parte heterodoxo y orientado hacia la izquierda, a Descartes en el siglo XVII. Hasta los tiempos de Báñez muchos tomistas se separaban libremente, en algunos puntos, de la doctrina de Santo Tomás, y, sin embargo, no se les censuraba ni criticaba, como lo hacen ahora con Suárez, como si éste hubiera de ser más tomista que los mismos tomistas.

Este esfuerzo en examinar y comprobar las doctrinas de los que le precedieron, que no era inferior ni inadecuado a la grandeza de la empresa, conforme al consejo de Horacio—*sumite materiam vestram qui scribitis aequam viribus*—, provenía no sólo de buena intención, que nadie se la puede negar, sino también de un buen principio. Y fué que por aquel entonces ejercía cierta influencia la filosofía nominalista, y Suárez se tomó el trabajo de refutar y rechazar aquella orientación, y hacer que la metafísica corriera por sus propios y verdaderos cauces.



Mahieu se ha propuesto hacer con Suárez lo que otros intérpretes o comentadores contemporáneos han hecho con San Agustín y Santo Tomás, es a saber: dar a conocer, si no el conjunto, al menos parte de la doctrina suareciana. Pero este trabajo en su aspecto principal y adecuado, bien que no tan exclusivamente en sus relaciones filosóficas o metafísicas como lo ha presentado el autor, ya estaba hecho, porque de una manera más extensa y acabada, y con una interpretación indudablemente más objetiva, nos ha enfocado el P. de Scorraille la fisonomía del *Eximio Doctor* (1).

Y en todo caso, si efectivamente Mr. Mahieu ha tenido la buena idea de divulgar la personalidad de Suárez, no tenía para qué esforzarse ya mucho, teniendo a la vista la magnífica y eruditísima obra del P. de Scorraille, si no es para apartarse de él en la interpretación de algunas doctrinas, y presentar una idea más baja, mucho más baja, de Suárez. Seguramente que no ha imitado a los grandes intérpretes en la simpatía y entusiasmo con que aquéllos han estudiado y presentado a Santo Tomás y a San Agustín; ni ha sabido como aquéllos presentar la gran figura de su perso-

(1) *François Suarez... d'après ses lettres, ses autres écrits inédits et un grand nombre des documents nouveaux...* Dos gruesos volúmenes en 4.^o Paris, Lethielleux, 1911.

naje, ni el inmenso valor de su obra magna. Por eso no creo que este libro haya venido a llenar ninguna laguna necesaria ni a traernos ni más lisonjero, ni más exacto, ni más acabado conocimiento (ni mucho menos) del que ya teníamos de Suárez, gracias principalmente al P. de Scorraille, cuya obra de conjunto es, sin género de duda, para nosotros, y lo reconoce también el P. Getino, la más completa que acerca de Suárez se ha escrito.

Pero el Sr. Mahieu ha hecho especialmente una labor que no había hecho tan minuciosamente el P. de Scorraille, es a saber, resumir fielmente las 54 *disputaciones metafísicas*, siguiendo generalmente el orden de las mismas disputas, proponiendo las mismas tesis y reproduciendo escrupulosamente los argumentos principales. Mas también este trabajo estaba hecho, porque el P. Gregorio Iturria publicó en 1901 un *Compendium Metaphysicae Eximii Doctoris P. Francisci Suarez*, haciendo un resumen y escrupuloso extracto de las 54 disputaciones metafísicas (1). La diferencia está en que el P. Iturria se limita a resumir, recapitular o extractar objetivamente y tal como es en sí, el contenido de dichas disputaciones, mientras que Mr. Mahieu lo examina para apreciar en cada argumento hasta las más insignificantes modalidades en que Suárez se separa o parece separarse de Santo Tomás, lo que nos induce a hacer una advertencia acerca del título del libro.

El título de la obra podría hacer creer que se trata de presentar a Suárez tal y como es, en su propio color y valoración. Tal podría ser la intención del autor, aunque no lo parece; pero no resulta ni lo uno ni lo otro, porque el color es del que comunica a esta obra un tomista, y en valoración pierde mucho Suárez visto a través de esta obra. El juicio que uno se forma al leer este libro, es que su autor es un tomista *curagé*; por eso, mejor que el título propuesto, cuadraría al libro el de *Exposición y crítica de Suárez, desde el punto de vista tomista*. Y ya se sabe que, desde este campo, han sido muchos los reparos y acusaciones lanzados contra Suárez, indudablemente exagerados algunos de ellos y mucho los del autor. Por eso nada tiene de particular que modifiquen algo el colorido de la figura, vista a través del prisma del tomismo más o menos exagerado. Bajo este aspecto, todavía tendríamos que agradecer al autor el que se haya mostrado tan cauto y considerado en las expresiones contra Suárez, pues aunque le atribuye muchas equivocaciones, inexactitudes y faltas de perspicacia—así lo cree él—, no le tilde de sujetivista, ni de inmanentista, ni de agnóstico

(1) *Compendium Metaphysicae Eximii Doctoris P. Francisci Suarez*, S. J., a P. GREGORIO ITURRIA, ejusdem Societatis confectum. Matriit, 1901 (grueso volumen de 600 páginas),

y de otros errores más o menos heterodoxos, como lo ha hecho el segundo crítico, de quien hablaremos en otro artículo.

* * *

No queremos terminar esta primera parte sin hacer algunas modestas observaciones. Para echar en cara a Suárez sus repetidas separaciones de la doctrina de Santo Tomás, hay que distinguir tiempos y tiempos, y colocarse con la consideración crítica, no en el nuestro, sino en los suyos de él; entonces había mucha libertad en separarse de Santo Tomás; lo hicieron los mismos dominicos y tomistas, sin que por eso perdieran el carácter de tales ni de discípulos del mismo, ni se le reprochara a nadie por ello. Hoy puede ser otra cosa por las decisiones de Roma y las contiendas habidas entre unas y otras escuelas.

Hay que distinguir además el carácter de filósofo y de teólogo, y el distinto predicamento en que bajo uno y otro aspecto se hallaba el mismo Santo Tomás, que no estaba declarado, como hoy, Maestro de las Escuelas católicas, ni era tenido en filosofía como maestro, aunque lo fuese en verdad. Este título se lo daban a Aristóteles, a quien él mismo seguía; por lo cual no es de extrañar que también Suárez, como los demás, tuviera en filosofía por maestro a Aristóteles y le siguiera a él preferentemente, lo que hoy puede y debe mirarse de una manera distinta.

Todo esto lo deben tener muy presente los críticos y censores de Suárez. Y ya que directamente se refiere el autor a las 24 proposiciones de la Congregación de Estudios, permítasenos decir una sola palabra, y es, qué nadie será capaz de probarnos que *todas y cada una* de dichas proposiciones son ciertas; y aunque nosotros somos los primeros en acatar las decisiones de la Congregación de Estudios y en particular la referente a éstas por muchas razones que hay para ello, con todo nadie podrá negar tampoco que no se puede exigir adhesión plena, interna, a proposiciones que no llegan al grado de certeza, por la sencilla razón de que toda probabilidad, mayor o menor, por verosímil que parezca, es compatible con la falsedad, y por lo mismo, lo que hoy parece más probable, puede mañana resultar falso. Y pasemos a otra observación.

Es un fenómeno ordinario, observado por todos, que cuando contemplan las copas muy elevadas de árboles gigantescos que se levantan o yerguen a no gran distancia, crean como que se juntan en las alturas. Es una ilusión óptica muy natural; como que en este sentido hasta se dice que las mismas paralelas se unen en el *infinito*. Pues bien tenemos aquí dos árboles gigantescos—permítasenos la comparación—Santo Tomás de Aquino y el Eximio Doctor. La mentalidad del uno se cierne en las cum-

bres más altas de la filosofía y de la teología, y la del otro aunque en escala inferior, sube también a tan alto grado, que para nuestras pequeñas inteligencias, que se quedan tan abajo y tan a flor de tierra, lo más natural sería que, sufriendo la ilusión óptica natural de que hemos hablado, creyéramos que se juntan las copas, esto es, las inteligencias y doctrinas de estos dos grandes genios.

Pero sucede todo lo contrario en muchos escritores e intérpretes del uno y del otro, cuyo afán parece no ser otro que el de separar a ambos, y demostrar las divergencias, reales o aparentes, que entre ambos pueden existir. Esto seguramente que no es una ilusión natural; a ellos, desde luego, les parecerá que ni siquiera es ilusión sino realidad, mas cuando vemos que algunos críticos de Suárez o no atinan en la verdadera interpretación de los textos, que a ellos les parece que se oponen a los de Santo Tomás, o que están demasiado bajos o demasiado lejos para apreciar con equidad o justicia los contactos o las distancias en las grandes alturas, ¡ah! entonces nos parece que fácilmente pueden sufrir una gran ilusión, y no ya vulgar u ordinaria, como la que podemos sufrir todos los demás, a pequeñas distancias, sino provocada, artificial, anormal o patológica: la que sufre el autor es la de quien desde el siglo XX y *con la luz del siglo XX* mira y contempla las copas de dos cedros de los siglos XIII y XVI, y por esta u otras razones se ha visto que se equivoca en la interpretación de muchos textos de Suárez.

Y es de saber, y sea la última observación, que ningún gran maestro ha tenido ni debe tener la pretensión de que uno de sus mejores discípulos aparezca separado de él, u opuesto a él, sobre todo en las doctrinas más fundamentales; al contrario procurará interpretar a su favor los textos dudosos del discípulo, y aun tratará de disimular las verdaderas desviaciones de él, porque así como es una gran honra para el discípulo seguir las pisadas de un eminenté maestro, también es gloria relevante para éste poder ceñir sus sienes con la resplandeciente corona de los más brillantes y esclarecidos discípulos. Y seguramente que, si pudiésemos preguntar al Angélico Doctor por el *Doctor Eximio*, se expresaría en este sentido, y sabría interpretar a su favor algunos textos más o menos ambiguos de su gran discípulo, y hasta desearía disimular algunos que no le pareciesen tan acertados, como lo hace un buen padre con los defectos de su hijo, y en todo caso procuraría mostrar y poner de relieve la aproximación y no la separación, la unión y no la oposición, confirmando el juicio y sentido de las palabras del ilustre dominico, esclarecido filósofo y eminente purpurado Cardenal Zeferino González.